

CAPÍTULO VII.

EL BAILE DE LA ÓPERA.

Hallábase el baile en lo más animado cuando el cardenal Luis de Rohán y madama de La Motte se deslizaron furtivamente, á lo menos el prelado, por entre millares de dominós y máscaras de toda especie.

Al punto quedaron envueltos entre el genitío y desaparecieron como desaparecen en las grandes olas esos pequeños remolinos que son observados un momento por los que pasan por la orilla y luego son arrastrados y borrados por la corriente de las aguas.

Dos dominós de pareja, si de pareja podían estar en medio de semejante confusión, trataban de resistir combinando sus fuerzas contra aquellas oleadas; pero, viendo la imposibilidad de lograrlo, tomaron el partido de refugiarse en el palco de la reina, donde el genitío era menos compacto y donde además les ofrecía la pared un punto de apoyo.

Dominó negro y dominó blanco, alto el uno, el otro de mediana estatura; el uno hombre, mujer el otro; el uno

agitando los brazos, el otro volviendo la cabeza á todos lados: era evidente que estos dos dominós se entregaban á un coloquio de los más animados.

Escuchemos.

— Os digo, Oliva, que aguardáis á alguno, decía el más alto, porque vuestro cuello no es ya un cuello sino el sustentáculo de una veleta que no gira solamente á todos vientos sino á todo el que viene.

— Y bien, ¿qué hay con eso?

— ¿Cómo qué hay con eso?

— Sí, ¿qué tiene de extraño que mi cabeza se vuelva? ¿No estoy por ventura aquí para eso?

— Sí, pero si la hacéis volver á los demás...

— Y bien, caballero; ¿por qué se viene á la Ópera?

— Por mil motivos.

— ¡Oh! sí, los hombres, convengo; pero las mujeres no vienen más que por uno solo.

— ¿Por cuál?

— Por el que habéis dicho, para hacer volver tantas cabezas como sea posible. Vos me habéis traído al baile de la Ópera; ya estoy en él, de consiguiente resignaos.

— ¡Señorita Oliva!...

— ¡Oh! no ahuequéis la voz, pues ya sabéis que no me metéis miedo, y sobre todo no me llaméis por mi nombre, porque no hay cosa de peor tono que el llamar á las personas por su nombre en el baile de la Ópera.

El dominó negro hizo un movimiento de cólera que fué interrumpido por la llegada de un dominó azul bastante obeso y alto y de una hermosa apostura.

— ¡Calma, calma, caballero! dijo el recién venido. ¡Qué

diablo ! no todos los días son media cuaresma, ni se viene al baile de la Ópera en todas las medias cuaresmas.

— ¡ Mezclaos en vuestras cosas ! replicó brutalmente el dominó negro.

— ¡ Hola, caballero ! dijo el dominó azul : recordad una vez por todas que un poco de urbanidad no daña jamás á ninguna cosa.

— ¿ Por qué he de molestarne con vos si no os conozco ? repuso el dominó negro.

— No me conocéis... convendré en ello... pero...

— ¿ Pero qué ?

— Pero yo os conozco á vos, señor de Beausire.

Al oír pronunciar su nombre, el dominó negro, que tan fácilmente pronunciaba el de los demás, se estremeció, sensación que fué visible por las oscilaciones repetidas de su sedoso capuchón.

— ¡ Oh ! no tengáis miedo, señor de Beausire, repuso la máscara ; que no soy lo que pensáis.

— ¡ Pardiez ! ¿ qué es lo que pienso yo ? ¿ Por ventura, vos que adivináis los nombres, no os contentaríais con eso, y tendríais la pretensión de adivinar también los pensamientos ?

— ¿ Y por qué no ?

— Entonces servíos de adivinar lo que estoy pensando, porque nunca he visto á ningún brujo, y tendríais un gran placer en encontrar uno.

— ¡ Oh ! lo que me pedís no es bastante difícil para valerme un título que al parecer otorgáis muy fácilmente.

— Sin embargo, decid.

— No, preguntadme otra cosa más difícil.

— Me bastará eso, si adivináis.

— ¿ Lo queréis así ?

— Sí.

— Pues bien ; me habéis tomado por un agente de M. de Crosne.

— ¿ De M. de Crosne ?

— Sin duda, de M. de Crosne, subdelegado de policía ; ¡ pardiez ! no conocéis otra cosa.

— Caballero...

— ¡ Poco á poco, querido señor Beausire ! Cualquiera diría que buscáis una espada á vuestro costado.

— ¡ Cierto que la busco !

— ¡ Cáspita, qué carácter tan helicoso ! Pero, sosegaos, querido señor Beausire ; habéis dejado la espada en casa, y habéis hecho bien. ¿ Queréis tener á bien dejarme el brazo de esta señora ?...

— ¿ El brazo de esta señora ?...

— Sí, de esta señora. Me parece que es una cosa que se hace en el baile de la Ópera ; ¡ á menos que llegue yo de las Indias !...

— Sin duda que se hace cuando le acomoda al caballero.

— Algunas veces basta que le acomode á la dama, querido señor Beausire.

— ¿ Pedís el brazo de esta señora por mucho tiempo ?

— ¡ Ah ! sois demasiado curioso, querido señor Beausire ; tal vez sea por diez minutos, tal vez por una hora, y tal vez por toda la noche.

— Dejémonos de bromas, caballero, pues os estáis burlando de mí.

— Querido mío, responded sí ó no. ¿ Queréis dejarme el brazo de esta señora, sí ó no ?

— No.

- ¡Vamos, vamos! no os hagáis el matón.
- ¿Y por qué?
- Porque, ya que tenéis una máscara, es inútil ponerlos dos.
- ¡Dios mío! caballero...
- ¡Bien! ya os ponéis enfadado, cuando hace un momento que estabais tan manso...
- ¿Dónde?
- En la calle de la Delfina.
- ¡En la calle de la Delfina! exclamó Beausire atónito. Oliva soltó una carcajada.
- ¡Quieres callarte! le dijo rechinando los dientes el dominó negro.
- Luego, volviéndose hacia el dominó azul, añadió:
- No comprendo nada de cuanto me decís, caballero. Embromadme de un modo decente, si os es posible.
- Pero, querido mío, me parece que no hay cosa más decente que la verdad; ¿no es así, señorita Oliva?
- ¡Calla! exclamó ésta. ¿Conque también me conocéis á mí?
- ¿No acaba este caballero de llamaros por vuestro nombre?
- Y la verdad, dijo Beausire volviendo á la conversación, la verdad es...
- Que en el momento de matar á esta pobre señora, porque hace una hora queríais matarla; en el momento de matarla, digo, os habéis detenido ante el sonido de veinte luises.
- ¡Basta, caballero!
- Corriente; entonces, supuesto que basta, dejadme el brazo de madama.

- ¡Oh! veo perfectamente, murmuró Beausire, que madama y vos...
- Y bien; ¿que madama y yo?...
- Estáis de acuerdo.
- Os juro que no.
- ¡Oh! ¡hay valor para decir semejante cosa! exclamó Oliva.
- Y además... añadió el dominó azul.
- ¿Qué es eso de además?...
- Sí, aunque estuviésemos de acuerdo, no sería sino por vuestro bien.
- ¿Por mi bien?
- Sin duda.
- Cuando se adelanta una cosa, se prueba, dijo gallardamente Beausire.
- Lo probaré con mucho gusto.
- ¡Ah! me gustaría verlo...
- Probaré, pues, prosiguió el dominó azul, que vuestra presencia aquí os es tan nociva como provechosa os sería vuestra ausencia.
- ¿Á mí?
- Sí, á vos.
- ¿En qué? si tenéis á bien decirme.
- Somos miembros de cierta academia, ¿no es verdad?
- ¿Yo?
- ¡Oh! no hay que enfadarse, querido señor de Beausire; yo no hablo de la Academia francesa.
- Academia... academia... dijo entre dientes el caballero de Oliva.
- Calle del Pote-de-Hierro, encima del piso bajo, ¿no es eso, querido señor Beausire?

— ¡Chut !

— ¡Tontería !

— ¡Os digo que chut ! ¡Oh ! ¡qué hombre tan importuno sois, caballero !

— Eso no se dice.

— ¿ Por qué ?

— Porque no podéis creer una sola palabra. Conque volvamos á esa academia.

— ¿ Y bien ?

El dominó azul sacó un reloj engarzado de brillantes, sobre el que se fijaron como dos lentejas inflamadas las dos pupilas de Beausire.

— Y bien ; repitió este último.

— Y bien ; dentro de un cuarto de hora, mi querido señor Beausire, se va á discutir en vuestra calle del Pote-de-Hierro un proyecto encaminado á dar una ganancia de dos millones á los doce verdaderos asociados, de los cuales vos sois uno.

— Y vos otro, si es que...

— Acabad.

— Si es que no sois un espía.

— Verdaderamente os creía un hombre de talento, señor de Beausire, y ahora veo con sentimiento que no sois más que un majadero ; si yo fuese de la policía, os habría echado mano veinte veces por cosillas algo menos honrosas que esa especulación de dos millones que va á discutirse en la academia dentro de algunos minutos.

Beausire reflexionó un momento.

— El diablo me lleve si no tenéis razón, dijo.

Luego volviéndose atrás, exclamó :

— ¡ Ah ! ¿ conque vos me enviáis á la calle del Pote-de-Hierro ?

— Os envió á la calle del Pote-de-Hierro.

— Ya sé para qué...

— Decidlo.

— Para que me echen mano ; pero no soy tan bestia.

— Otra majadería...

— Caballero...

— Lo repito : si tengo poder para hacer lo que decís, si tengo el poder aun mayor de adivinar lo que se trama en vuestra academia, ¿ á qué es el venir á pedir el permiso de entretener á esta señora ? No ; en ese caso, haría que os prendiesen en el acto, y esta señora y yo quedaríamos desembarazados de vuestra presencia ; pero, al contrario, querido señor Beausire, mi divisa es : todo por la dulzura y la persuasión.

— ¡ Vamos ! exclamó Beausire soltando de súbito el brazo de Oliva, ¿ sois vos el que estaba sentado en el sofá de esta señora hace dos horas ? ¡ Hem ! respondió.

— ¿ Qué sofá ? preguntó el dominó azul, á quien Oliva pellizcó ligeramente la yema del dedo meñique.

— En cuanto á sofás, yo no conozco más que el de M. Crebillón hijo.

— En realidad, me es bien indiferente, repuso Beausire ; vuestras razones son buenas, y es todo lo que necesito. Digo buenas, y debiera decir excelentes. Tomad el brazo de madama, y si arrastráis á un hombre galante á su perdición, ¡ avergonzaos !

El dominó azul se echó á reír al oír ese epíteto de galante con que Beausire se regalaba tan liberalmente ; luego, dándole una palmada en el hombro, le dijo :

— Dormid tranquilo ; enviándoos allá os regalo una parte de cien mil libras á lo menos ; porque si no fueseis á

la academia esta noche, vuestros asociados os dejarían fuera de la repartición según su costumbre ; mientras que yendo...

— Pues bien ; ¡ vamos allá á Dios y á dicha ! murmuró Beausire.

Y saludando con una pirueta, desapareció.

El dominó azul tomó posesión del brazo de la señorita Oliva, vacante por la desaparición de Beausire.

— Ahora ajustemos nuestras cuentas, dijo ésta. Os he dejado embromar á vuestras anchuras á ese pobre Beausire, pero os prevengo que yo, á quien conocéis, seré más difícil de manejar. Así, como se trata de continuar, ya podéis prepararos á decirme cosas lindas, ó sino...

— No conozco nada en el mundo más lindo que vuestra historia, querida señorita Nicole, dijo el dominó azul estrechando agradablemente el torneado brazo de la joven, la cual, al oír el nombre que la máscara acababa de deslizarle en el oído, lanzó un grito sofocado.

Pero se repuso al momento, como persona habituada á no dejarse atrapar por sorpresa.

— ¡ Dios mío ! ¿ qué significa ese nombre ? preguntó. ¡ Nicole !!! ¿ Se trata de mí por ventura ? ¿ Queréis acaso disfrazarme con ese nombre ? En ese caso naufragáis á la salida del puerto ; os estrelláis contra la primera roca. Yo no me llamo Nicole.

— Ahora os llamáis Oliva, sí, lo sé : Nicole oía demasiado á provincia. Sé muy bien que en vos hay dos mujeres, Oliva y Nicole. Luego hablaremos de Oliva, por de pronto hablemos de Nicole. ¿ Habéis olvidado el tiempo en que respondíais á este nombre ? No lo creo. ¡ Ah ! querida mía, cuando siendo joven se ha llevado un nombre, lo conserva

uno siempre, si no exteriormente, á lo menos en el corazón, sea cualquiera el otro nombre que se ha tenido que tomar para hacer olvidar el primero. ¡ Pobre Oliva ! ¡ dichosa Nicole !

En este momento una oleada como la de un mar borrascoso vino á chocar contra los dos paseantes entrelazados, y Nicole ú Oliva se vió forzada, casi á pesar suyo, á estrechar á su compañero más aun de lo que le estrechaba.

— Ved, le dijo él, todo ese gentío abigarrado ; ved todos esos grupos que se estrechan bajo los capuchones uno de otro, para devorar las palabras de galantería ó de amor que se cambian entre sí ; ved esos grupos que se hacen y deshacen, los unos con risas, con reconvenciones los otros. Todas esas personas tienen quizá tantos nombres como vos, y muchas hay á quienes yo llenaría de asombro si les dijese nombres de que se acuerdan y que creen olvidados.

— Habéis dicho pobre Oliva...

— Sí.

— ¿ Conque no me creéis dichosa ?

— Difícil sería que lo fueseis con un hombre como Beausire.

Oliva exhaló un suspiro.

— ¡ Estoy bien lejos de serlo ! dijo.

— ¿ Sin embargo le amáis ?

— ¡ Oh ! le amo razonablemente.

— Si no le amáis, dejadle.

— No.

— ¿ Por qué no ?

— Porque apenas le hubiese dejado, le echaría de menos.

— ¿ Le echaríais de menos ?

- Así lo temo.
- ¿Y qué echaríais de menos en un borracho, en un jugador, en un hombre que os apalea, en un estafador que tendrá que ser enroddado algún día en la plaza de Greve?
- Tal vez no comprenderéis lo que voy á deciros.
- Veamos, decid.
- Echaría de menos el ruido que él hace á mi lado.
- He debido adivinarlo. He ahí lo que es haber pasado su juventud con personas taciturnas.
- ¿Vos conocéis mi juventud?
- Perfectamente.
- ¡Ah, mi querido caballero!... dijo Oliva riendo y sacudiendo la cabeza con un aire de desaffo.
- ¿Dudáis?
- ¡Oh! no dudo: estoy segura.
- Entonces vamos á hablar de vuestra juventud, señorita Nicole.
- Hablemos; pero os prevengo que no os replicaré.
- ¡Oh! no lo necesito.
- Ya escucho.
- No os tomaré desde la infancia, tiempo que no se cuenta en la vida, os tomaré desde la pubertad, en el momento en que sentisteis que Dios había puesto en vos un corazón para amar.
- ¿Para amar á quién?
- Á Gilberto.
- Al oír este nombre, se heló toda la sangre de la joven, y el dominó azul sintió que le temblaba el brazo.
- ¡Oh! ¡Dios mío! exclamó. ¿cómo sabéis?...
- Y se detuvo de súbito, fijando sus ojos, á través de la máscara y con una emoción indefinible, en el dominó azul.

- Este permaneció mudo.
- Oliva, ó más bien Nicole exhaló un suspiro, y añadió:
- ¡Ah! caballero, sin tratar de luchar por más tiempo, acabais de pronunciar un nombre para mí muy fértil en recuerdos. ¿Conque conocéis á ese Gilberto?
- Sin duda, puesto que os hablo de él.
- ¡Ay de mí!
- Un hermoso mozo á fe mía. ¿Le amáis?
- ¡Era hermoso!... no... no es eso... pero yo le hallaba hermoso. Tenía mucho talento... Era mi igual en nacimiento... ¡Oh! no... en esto sí que me engaño... igual, no, jamás. Mientras que Gilberto lo quiera, ninguna mujer será su igual.
- ¿Ni aun?...
- ¿Ni aun quien?
- ¡La señorita de Ta...!
- ¡Oh! bien sé lo que queréis decir, interrumpió Nicole. ¡Oh! veo que estáis muy instruido, caballero; sí, Gilberto amaba más alto que á la pobre Nicole.
- Ya veís que no prosigo.
- Sí, sí; tenéis secretos bien terribles, caballero, dijo Oliva estremeciéndose; ahora...
- Y miró al desconocido como si pudiese leer al través de su máscara.
- Ahora ¿qué se ha hecho de él?
- Creo que lo podéis saber mejor que nadie.
- ¿Por qué? ¡gran Dios!
- Porque si él os ha seguido desde Taverney á París, vos le habéis seguido á él de París á Trianón.
- Sí, es verdad; pero eso fué hace diez años; y así no os hablo de ese tiempo. Os hablo de los diez años que han

trascorrido desde que yo me fugué de Trianón y él desapareció. ¡ Dios mío ! ¡ Pasan tantas cosas en diez años !

El dominó azul guardó silencio.

— Os ruego que me digáis qué se ha hecho de Gilberto, insistió Nicole casi en tono de súplica. ¡ Calláis ! ¡ Volvéis la cabeza ! ¿ Quizá os ofende ó contrista ese recuerdo ?

En efecto, el dominó azul había, no vuelto sino bajado la cabeza, como si fuese demasiado grande el peso de sus recuerdos.

— Cuando Gilberto amaba á la señorita de Taverney... dijo Oliva.

— Pronunciad más bajo los nombres, dijo el dominó azul. ¿ No habéis observado que yo mismo no los pronuncio ?

— Cuando estaba tan enamorado, prosiguió Oliva exhalando un suspiro, que todos los árboles de Trianón sabían su amor...

— Y bien, ¿ vos no le amáis ya ?

— Yo, al contrario, le amo más que nunca, y este amor fué el que me perdió. Yo soy bella, yo soy orgullosa, y, cuando quiero, insolente. Pondría mi cabeza sobre un tajo para que me la tronchasen, antes que dejar decir que la he doblado.

— Tenéis corazón, Nicole.

— Sí, lo he tenido... en esa época; dijo la joven suspirando.

— ¿ Os entristece la conversación ?

— No, al contrario, me regocija el remontar hasta mi juventud. En la vida sucede lo que en los ríos; el río más turbio tiene un manantial puro... Continúad y no hagáis caso de un pobre suspiro perdido que sale de mi pecho.

— ¡ Oh ! exclamó el dominó azul con una dulce vibración que revelaba una sonrisa : de vos, de Gilberto y de otra persona, sé lo que vos misma podéis saber, hija mía.

— Entonces, exclamó Oliva, decidme por qué Gilberto se escapó de Trianón ; y si me lo decís...

— ¿ Quedaréis convencida ? Pues bien ; no os lo diré, y quedaréis aun más convencida.

— ¿ Cómo así ?

— Al preguntarme por qué Gilberto se ha escapado de Trianón, no es una verdad la que queréis comprobar en mi respuesta, sino una cosa que ignoráis y que deseáis saber.

— Verdad es.

De súbito se estremeció más vivamente que lo había hecho hasta entonces, y cogiéndole las manos con las suyas crispadas, exclamó :

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

— ¿ Qué es eso ?

Nicole pareció reponerse y alejar la idea que la había arrastrado á esta demostración.

— Nada.

— Sí tal ; queréis preguntarme alguna cosa.

— Sí ; decidme francamente qué se ha hecho de Gilberto.

— ¿ No habéis oído decir que había muerto ?

— Sí, pero...

— Pues bien ; ha muerto.

— ¿ Muerto ? repitió Nicole con un aire de duda.

Luego, con una súbita agitación parecida á la primera, dijo :

— Por favor, caballero, hacedme un servicio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

- Dos, diez, cuantos queráis; mi querida Nicole.
- Hace dos horas os he visto en mi casa, porque no cabe duda que sois vos mismo, ¿no es verdad?
- Sin duda.
- Hace dos horas no procurabais ocultaros de mí.
- No absolutamente; al contrario, trataba de que me vieseis bien.
- ¡Oh, qué loca soy! ¡yo que os he mirado tanto!
- ¡Loca, loca, estúpida, mujer, nada más que mujer! como decía Gilberto.
- ¡Eh, quieta! dejad vuestros hermosos cabellos; no os maltratéis.
- No: quiero castigarme de haberos mirado sin veros.
- No os comprendo.
- ¿Sabéis lo que os pido?
- Pedid lo que queráis.
- Quitaos vuestra máscara.
- Aquí es imposible.
- ¡Oh! no es el temor de ser visto por otros ojos que los míos, el que os lo impide; porque allí, detrás de esa columna, en la obscuridad de la galería, nadie os veía sino yo.
- Entonces, ¿qué es lo que me lo impide?
- El temor de que yo os reconozca.
- ¿Á mí?
- Y de que grite: ¡Sois vos! ¡es Gilberto!
- ¡Ah! con razón habéis dicho: ¡loca, loca!
- Quitaos vuestra máscara.
- Pues bien, me la quitaré; pero con una condición.
- Concedida desde luego.
- Y es que yo, á mi vez, quiero que os quitéis también la vuestra.

- La quitaré, y si no me la quito arrancádmela.
- El dominó azul no se hizo de rogar más tiempo; se fué al sitio obscuro que la joven le había indicado, y allí, soltando su máscara, se plantó delante de Oliva que le estuvo devorando con los ojos por espacio de un minuto.
- ¡Ay! exclamó pateando y arañándose la palma de sus manos con las uñas. ¡Ay! ¡No, no es Gilberto!
- ¿Y quién soy?
- ¿Qué me importa desde el momento en que no sois él?
- ¿Y si hubiese sido Gilberto? preguntó el desconocido poniéndose de nuevo su máscara.
- ¿Si hubieseis sido Gilberto? exclamó con pasión la joven.
- Sí.
- Si él me hubiese dicho: ¡Nicole, Nicole, acuérdate de Taverny Casa Roja! ¡Oh, entonces!
- Entonces ¿qué?
- No habría ya en el mundo más Beausire para mí.
- Ya os he dicho, querida mía, que Gilberto había muerto.
- Y bien: ¡tal vez valga más que haya muerto! dijo Oliva suspirando.
- Sí; á pesar de que sois tan bella, Gilberto no os habría amado.
- ¿Queréis decir que Gilberto me despreciaba?
- No; más bien os temía.
- Es posible. Yo temía algo de él en mí, y él se conocía también que yo le causaba miedo.
- De consiguiente, como habéis dicho, más vale que se haya muerto.

— ¿Por qué repetir mis palabras? En vuestra boca me ofenden. Decidme por qué vale más que se haya muerto.

— Porque hoy, mi querida Oliva... (abandono á Nicole, como veis); porque hoy, mi querida Oliva, tenéis en perspectiva todo un porvenir dichoso, rico y brillante.

— ¿Lo creéis así?

— Sí, con tal que estéis bien resuelta á hacerlo todo para llegar al fin que yo os prometo.

— ¡Oh! en cuanto á eso, perded cuidado.

— Pero es preciso no volver á suspirar como suspirabais hace un momento.

— Bien está. Yo suspiraba por Gilberto, y como no hay dos Gilbertos en el mundo, puesto que Gilberto se ha muerto, no volveré á suspirar.

— Gilberto era joven, y tenía los defectos y las cualidades de su edad. Hoy...

— Gilberto no es hoy más viejo que lo era hace diez años.

— Cierto que no, puesto que ha muerto.

— Ya lo estáis viendo, ha muerto: los Gilbertos no envejecen jamás.

— ¡Oh! exclamó el desconocido: ¡Oh juventud, oh valor, oh hermosura! eternas semillas de amor, de heroísmo y acendrada adhesión; el que os pierde, pierde verdaderamente la vida! La juventud es el paraíso, es el cielo, lo es todo, y lo que Dios nos da después no es más que una triste compensación de la juventud. Una vez perdida la juventud, cuanto más él da á los hombres, tanto más ha creído debía indemnizarlos. Pero nada, ¡oh, gran Dios! reemplaza los tesoros que esa juventud prodigaba al hombre.

— Gilberto habría pensado tan bien como vos lo que estáis diciendo, dijo Oliva; pero basta ya; hablemos de otra cosa.

— Sí, hablemos de vos.

— Hablemos de lo que gustéis.

— ¿Por qué os habéis escapado con Beausire?

— Porque quería dejar á Trianón, y necesitaba escaparme con alguno, pues me era imposible permanecer allí más tiempo siendo para Gilberto una mujer sin mérito, un resto desdenado.

— ¡Diez años de fidelidad por orgullo! ¡Oh! ¡qué cara habéis pagado esa vanidad! dijo el dominó azul.

Oliva se echó á reír.

— ¡Oh! bien sé de qué os reís, dijo gravemente el desconocido. Os reís de que un hombre que pretende saberlo todo, os acusa de haber sido fiel por espacio de diez años, cuando vos no sospecháis siquiera haber incurrido en semejante ridiculez. ¡Dios mío! si se trata de fidelidad material, pobre joven, sé á qué atenerme en ese punto. Sí, sé que habéis ido con Beausire á Portugal, donde permanecisteis dos años, que de allí pasasteis á la India sin Beausire con un capitán de fragata que os ocultó en su cámara y os olvidó en Chandernagor, en tierra firme, en el momento de volver él á Europa. Sé que habéis tenido dos millones de rupias para gastar en casa de un nabab que os tenía encerrada tras de tres rejas. Sé que os escapasteis saltando por encima de aquellas rejas en hombros de un esclavo. Sé, en fin, que rica, porque os habíais traído dos brazaletes de perlas finas, dos diamantes y tres gruesos rubíes, volvisteis á Francia, á Brest, en cuyo puerto quiso vuestra mala estrella que al desembarcar os encontraseis con Beau-

sire, el cual estuvo á punto de desmayarse al reconoceros, toda tostada y flaca como volvíais á Francia, pobre desterrada!

— ¡ Oh! exclamó Nicole, ¿ quién sois, ¡ Dios mío! para saber todas esas cosas?

— Sé, en fin, que Beausire os llevó consigo, os probó que os amaba, vendió toda vuestra pedrería y os redujo á la miseria... Sé que le amáis, ó al menos que así lo decís, y que, como el amor es la fuente de todo bien, debéis ser la mujer más dichosa del mundo.

Oliva bajó la cabeza, apoyó su frente en la mano, y á través de los dedos se vió deslizarse dos lágrimas, perlas líquidas quizás más preciosas que las de sus brazaletes, y que sin embargo nadie ¡ ay! habría querido comprar á Beausire.

— Y esta mujer tan orgullosa, dijo, esta mujer tan feliz, la habéis adquirido vos por unos cincuenta luises.

— ¡ Oh! es demasiado poco, señorita, bien lo sé, dijo el desconocido con esa amabilidad exquisita y esa urbanidad perfecta que acompaña siempre al hombre bien nacido, aun hablando á la más ínfima de las cortesanas.

— ¡ Oh! al contrario, es demasiado caro, caballero, y os juro que me ha sorprendido singularmente que una mujer como yo valiese aun cincuenta luises.

— Valéis mucho más que todo eso, y os lo probaré.... ¡ Oh! no me repliquéis nada, porque no me comprendéis; y además.... añadió el desconocido inclinándose de lado.

— ¿ Y además?...

— Además en este momento necesito toda mi atención.

— Entonces debo callarme.

— No, al contrario, habládmelo.

— ¿ De qué?

— ¡ Dios mío! de lo que queráis. Decidme las cosas más inspidas del mundo, pues me importa muy poco, con tal que tengamos el aire de estar muy engolfados en nuestras cosas.

— Bien está; pero sois un hombre singular.

— Dadme el brazo y andemos.

Y marcharon por entre los grupos, ella enfrenando su fino talle é imprimiendo á su cabeza, elegante aun bajo el capuchón, y á su cuello, flexible aun bajo el dominó, movimientos que todos los conocedores miraban con envidia; porque en el baile de la Ópera, en ese tiempo de galantes proezas, el paseante seguía con los ojos una marcha de mujer con tanta curiosidad como algunos aficionados siguen hoy la marcha de un hermoso caballo.

Al cabo de algunos minutos, Oliva se aventuró á hacer una pregunta.

— ¡ Silencio! dijo el desconocido; ó más bien, hablad si queréis y cuanto se os antoje, pero no me forcéis á responderos. Sólo que cuando habléis, debéis disfrazar la voz, mantener la cabeza derecha y acariciar vuestro cuello con el abanico.

Oliva obedeció.

En ese momento nuestra pareja pasaba junto á un grupo muy perfumado, en cuyo centro un hombre de elegante talle, y de unas formas esbeltas y sueltas, hablaba á tres compañeros que parecían escucharle con respeto.

— ¿ Quién es ese joven? preguntó Oliva. ¡ Oh! ¡ qué hechicero dominó color de perla!

— Es el conde de Artois, respondió el desconocido ; ¡ pero, por favor, no me habléis más !

En el momento en que Oliva, atónita con el gran nombre que acababa de proferir su dominó azul, se apartaba para ver mejor y mantenerse derecha según la recomendación varias veces repetida, otros dos dominós, desembarazándose de un grupo muy hablador y bullicioso, se refugiaron cerca de la galería en un sitio donde no había banquetas.

Había allí una especie de islote desierto que, á intervalos, era invadido por los grupos de paseantes impelidos del centro de la circunferencia.

— Arrimaos á este pilar, condesa, dijo por lo bajo una voz que hizo impresión en el dominó azul.

Y casi en el mismo instante un alto dominó color de naranja, cuyo aire atrevido y desenvuelto revelaba el hombre útil más bien que el cortesano agradable, atravesó por el gentío y vino á decir al dominó azul :

— Es él.

— Bien, replicó el último, y con un ademán despidió al dominó color de naranja.

— Escuchadme, querida amiguita, dijo entonces al oído de Oliva ; vamos á principiar á divertirnos un poco.

— Con mucho gusto, porque ya me habéis entristecido dos veces ; la primera alejando de mi lado á Beausire que me hace siempre reír, y la segunda hablándome de Gilberto que tantas veces me hace llorar.

— Yo sabré reemplazar á Gilberto y á Beausire, dijo gravemente el dominó azul.

— ¡ Oh ! suspiró Nicole.

— Tened entendido que yo no os pido que me améis ; lo que os pido es que recibáis la vida tal como yo os la haga ; es decir, el cumplimiento de todos vuestros caprichos, con tal que de vez en cuando satisfagáis los míos. Así, he aquí un capricho que ahora se me antoja.

— ¿Cuál es ?

— Ese dominó negro que estáis viendo es un alemán amigo mío.

— ¡ Ah !

— Un pérfido que se me ha negado á venir al baile so pretexto de un dolor de jaqueca.

— Y á quien también vos habéis dicho que no vendrís.

— Precisamente.

— ¿ Acompaña á una mujer ?

— Sí.

— ¿ Quién es ?

— No la conozco. Vamos á acercarnos, ¿ no es verdad ? Fingiremos que sois una alemana, y no desplegaréis los labios para que no reconozca por vuestro acento que sois una parisiense pura.

— Muy bien ; ¿ y le daréis matraca ?

— ¡ Oh ! os respondo de ello. Mirad, principiad á señalarmelo con la punta de vuestro abanico.

— ¿ Así ?

— Sí, perfectamente ; ahora, habládme al oído.

Oliva obedeció con una docilidad é inteligencia que dejaron encantado á su compañero.

El dominó negro, objeto de esa observación, estaba de espaldas al patio hablando con su compañera. Ésta, cuyos ojos chispeaban á través de la máscara, percibió el movimiento de Oliva.

— Mirad, monseñor, dijo quedito, hay allí dos máscaras que se ocupan de nosotros.

— ¡Oh! no temáis nada, condesa, es imposible que nos reconozcan. Ya que estamos en camino de perdición, dejadme repetiros que jamás talle alguno fué tan encantador como el vuestro, jamás hubo mirada tan abrasadora; permitidme que os diga...

— Todo lo que se dice bajo la máscara.

— No, condesa; todo lo que se dice bajo...

— No acabéis, porque os condenaríais... Y además pueden oírnos nuestros dos espías, y ese peligro es mayor.

— ¡Dos espías! exclamó el cardenal.

— Sí; helos ahí que se deciden, ¡ya se acercan!

— Disfrazad bien vuestra voz, condesa, si os hacen hablar.

— Y vos la vuestra, monseñor.

En efecto, Oliva y su dominó azul se acercaron.

Éste último, dirigiéndose al cardenal, dijo:

— ¡Máscara!

Y se inclinó al oído de Oliva, que le hizo un signo afirmativo.

— ¿Qué quieres? preguntó el cardenal disfrazando la voz.

— Esta señora que me acompaña, respondió el dominó azul, me encarga que os haga algunas preguntas.

— Hazlas pronto, replicó el cardenal.

— Y que sean bien indiscretas, añadió con una voz de falso madama de La Motte.

— Tan indiscretas, repuso el dominó azul, que tú no las entenderás, curiosa.

Y volvió á inclinarse al oído de Oliva que representó el mismo papel.

Entonces el desconocido dirigió al cardenal esta pregunta en el más puro alemán:

— Monseñor, ¿estáis por ventura enamorado de la mujer que os acompaña?

El cardenal se estremeció.

— ¿No me habéis dicho monseñor? respondió.

— Sí, monseñor.

— Entonces os equivocáis, pues yo no soy el que creéis.

— ¡Oh! sí tal, señor cardenal; no lo neguéis, porque es inútil; pues aun cuando yo mismo no os conociese, la dama á quien sirvo de caballero me encarga de deciros que os reconoce á las mil maravillas.

É inclinándose al oído de Oliva, le dijo muy bajito:

— Decid que sí con la cabeza, y haced lo mismo cuantas veces os apriete yo el brazo.

Oliva hizo el signo que se le mandaba.

— ¡Oh! monseñor, yo creía que la habíais reconocido ya, pues ella al punto os ha reconocido; verdad es que los celos...

— ¡Madama está celosa de mí! exclamó el cardenal.

— No decimos eso, dijo el desconocido con una especie de altanería.

— ¿Qué os dicen? preguntó vivamente madama de La Motte, á quien incomodaba en grado supremo este diálogo en alemán, es decir, ininteligible para ella.

— Nada, nada.

— Madama, dijo entonces el cardenal á Oliva, os ruego que digáis una sola palabra, y prometo acertar quién sois.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

M. de Rohán había hablado en alemán; Oliva no comprendió una sola palabra, y se inclinó hacia el dominó azul.

— Os suplico, señora, exclamó éste, que no habléis.

Este misterio picó la curiosidad del cardenal, quien añadió:

— ¡Cómo! ¡una sola palabra alemana! Eso no puede comprometer mucho á esta señora.

El dominó azul, que fingió haber recibido la orden de Oliva, replicó al punto:

— Señor cardenal, he aquí las propias palabras de esta señora: « Aquel cuyo pensamiento no vela siempre, aquel cuya imaginación no reemplaza perpetuamente la presencia del objeto amado, no ama; y haría mal en decirlo. »

El cardenal pareció muy impresionado del sentido de estas palabras: toda su actitud expresó con el más alto grado la sorpresa, el respeto, la exaltación de su adhesión acendrada, y luego dejó caer los brazos, murmurando en francés:

— ¡Es imposible!

— ¿El qué es imposible? exclamó madama de La Motte, que acababa de oger con avidez estas últimas palabras en toda la conversación.

— Nada, señora, nada.

— Monseñor, creo que me hacéis representar un triste papel, dijo la condesa con despecho.

Y soltó el brazo del cardenal. Éste no solo no volvió á tomarlo, sino que era tan grande su solicitud cerca de la señora alemana, que no dió muestras de haberlo notado.

— Señora, dijo á esta última, que seguía tiesa é inmóvil tras de su parapeto de raso, esas palabras que vuestro compañero me ha dicho en vuestro nombre, ¿son unos versos alemanes que yo he leído en una casa tal vez conocida de vos?

El desconocido oprimió el brazo de Oliva.

— Sí, dijo ésta con la cabeza.

El cardenal se estremeció.

— Esa casa, dijo vacilando, ¿no se llama Schoenbrunn?

— Sí, repitió Oliva con la cabeza.

— ¿Fueron escritos sobre una mesa de cerezo montés con un punzón de oro por una mano augusta?

— Sí, dijo Oliva.

El cardenal se detuvo. Una especie de revolución acababa de operarse en él: le flaquearon las piernas, y extendió sus manos en busca de un punto de apoyo.

Madama de La Motte acechaba á dos pasos el resultado de esta extraña escena.

El brazo del cardenal se posó sobre el del dominó azul.

— ¡Eh! dijo éste. Oíd la continuación... « Pero aquél que ve doquiera el objeto amado, que lo adivina por una flor, un perfume, bajo velos impenetrables, puede callar; su voz está en su corazón, y basta que otro corazón le entienda para que sea feliz. »

— ¡Calla! ¡parece que hablan alemán por aquí! dijo de súbito una voz joven y fresca salida de un grupo que se había unido al cardenal. Oigamos un poco, ¿comprendéis el alemán, mariscal?

— No, monseñor.

— ¿Y vos, Charny?

— ¡Oh! sí, serenísimo señor.

— ¡El señor conde de Artois! dijo Oliva estrechándose contra el dominó azul, porque las cuatro máscaras acababan de cercarla un poco caballerosamente.

En este momento la orquesta principió á ejecutar tocatas brillantes, y el polvo de las tablas unido á los polvos de los tocados, subía en nubes ondulantes hasta más arriba de las arañas inflamadas que doraban á aquella niebla de ámbar y color de rosa.

En el movimiento que hicieron las máscaras tropezaron con el dominó azul.

— ¡Cuidado, señores! dijo éste con un tono de autoridad.

— Caballero, replicó el príncipe sin sacarse la careta, ya veis que nos empujan. Dispensad, señoras.

— ¡Marchemos, marchemos, señor cardenal! dijo en voz bajita madama de La Motte.

En este momento, una mano invisible agarró y tiró hacia atrás el capuchón de Oliva, y su careta, desatada, cayó al suelo dejando sus facciones descubiertas por un segundo en la penumbra.

El dominó azul lanzó un grito de inquietud, y Oliva un grito de espanto.

Á esta doble exclamación respondieron tres ó cuatro gritos de sorpresa.

El cardenal estuvo á punto de desmayarse. Á caer en ese momento, habría caído de rodillas; pero le sostuvo madama de La Motte.

Una oleada de máscaras, arrebatados por la corriente,

acababa de separar al conde de Artois del cardenal y de madama de La Motte.

El dominó azul que, rápido como el relámpago, acababa de poner el capuchón á Oliva y de atarle la máscara, se acercó al cardenal, y apretándole la mano, le dijo:

— He aquí, señor, una desgracia irreparable; ya veis que el honor de esta señora está á discreción vuestra.

— ¡Oh, caballero, caballero! murmuró el príncipe Luis haciendo una inclinación.

Y pasó por su frente bañada de sudor un pañuelo que temblaba en su mano.

— Partamos al punto, dijo el dominó azul á Oliva, y desaparecieron.

— Ahora ya sé lo que el cardenal creía era imposible, dijo para sí madama de La Motte: ha tomado á esa mujer por la reina, y esa semejanza ha producido en él el efecto que he visto; esta es otra observación que debo conservar.

— ¿Queréis que dejemos el baile, condesa? dijo M. de Rohán con debilitada voz.

— Como gustéis, monseñor, respondió tranquilamente Juana.

— No veo que sea muy interesante, ¿no es verdad?

— ¡Oh! ni yo tampoco.

Y se abrieron penosamente paso á través de los grupos. El cardenal, que era alto, miraba á todos lados para ver si descubría la visión desaparecida.

Pero, desde entonces, dominós azules, encarnados, amarillos, verdes y pardos, formaban á sus ojos remolinos en el vapor luminoso, confundiendo sus colores como los del prisma; todo fué azul para el pobre señor, pero nada lo fué mirado de cerca.